

**ALIA**

Revista de Estudios Transversales  
Número 1 03/2012

*Ignacio Marcio Cid* **Prólogo** p. 2

*Mosè Cometta* **Platonismo o mercantilización** p. 4

*Andrea Martignoni* **In hora mortis. Devoción,  
espiritualidad y actitudes de los reyes ante la  
muerte** p. 16

*Ornella Manzocchi* **Gesù, Freud e il male di vivere** p. 32

*Alex Escamilla Imparato* **Crisis y dignidad: un paseo  
con Karl Kraus por la plaza Tahrir** p. 41

*Joan González Guardiola* **El dinero como acto  
de habla y como conjunto de funciones de status:  
aportaciones a una ontología del dinero** p. 50

*Joan Ferrarons i Llagostera* **Ontologia del temps:  
dos debats en la tradició analítica** p. 67

*Heura Posada Pié* **La pintura como metáfora y máscara:  
la concepción del arte en María Zambrano** p. 81

*Marta Palacín Mejías* **El oráculo en Grecia como  
detonante de *lo trágico*** p. 94



# Marta Palacín Mejías\* **El oráculo en Grecia como detonante de lo trágico**

*Santa hija de Zeus, de esmaltado trono, dolotrenzadora, Afrodita, atiende:  
ya no domes más con pesar y angustias mi alma, señora*  
Safo

## ABSTRACT

Este texto sostiene la tesis de que en la tragedia ática el oráculo es un elemento clave puesto que desencadena la acción al hacer conscientes a los protagonistas de su destino y de su impotencia ante la voluntad de los dioses. A partir de ello, presenta el santuario de Delfos y la actitud de la Grecia antigua frente a la adivinación; así como la postura de pensadores antiguos -Platón y Heráclito- y contemporáneos -Nietzsche y Foucault- frente a la importancia de la palabra y su poder.

## KEYWORDS

Oráculo / Apolo / Delfos / Tragedia / Edipo

El oráculo, más que como informante del futuro, aparece como el iniciador de lo trágico<sup>1</sup> en Grecia. Le da al conocimiento la importancia que tiene, fuerza a descifrarlo, y en ese descifrar cada personaje se autorretrata. Cuando se *des-cubre* -como dirían los estoicos- su rostro esperado nos acorrala. Puesto que sabemos, nos volvemos responsables de las consecuencias de nuestros actos. No es otra maldición que la de la consciencia. Es el sabio<sup>2</sup> que Colli sitúa antes de los filósofos el único capaz de valorar la responsabilidad del conocimiento, de vivir por y conforme a él. Y aun así algunos ilustres murieron presos de un enigma que se les apareció irresoluble<sup>3</sup>. También murieron los hijos de

\* Marta Palacín Mejías, de 27 años, es licenciada en Periodismo por la UAB y cursa el último semestre de la licenciatura de Filosofía en la UB. Su trabajo, entre Barcelona y París, se ha centrado en la docencia, la edición y la traducción; y sus publicaciones hasta el momento versan sobre investigación política (corrupción médica en Lituania), social (*Banlieues* francesas como lugar de destierro) y contenidos culturales (cortometrajes). Ha trabajado como editora en la versión catalana de la publicación europea Cafèbabel, en programas culturales y políticos radiofónicos y fue cofundadora y articulista del periódico estudiantil *Quecorrilaveu* contra la invasión de Irak.

1 Edipo es uno de los muchos ejemplos que encontramos en la tragedia ática cuyo origen se halla en un vaticinio del oráculo; en su caso, que mataría a su padre y se casaría con su madre, lo que le condena a ser abandonado tras nacer y terminar cumpliendo su destino.

2 *cf.* COLLI Giorgio, *El nacimiento de la filosofía*. Barcelona: Tusquets, 1996. En ella el autor distingue entre el sabio, como aquel consecuente con el peligro de que todos posean conocimiento y lo guarda en sí mismo, y el filósofo, que en cambio lo pone en circulación.

3 *ibidem*. Culpan de la muerte de Homero a la tristeza por no resolver un acertijo de unos niños.

la tierra<sup>4</sup> para que la poblasen los apadrinados de los proscritos, producto del desecho de Dionisos e iluminados por Prometeo: los hombres. Pobres animales abrigados de lenguaje; de ese lenguaje que es a la vez consuelo y perdición.

Es consuelo porque entretiene a esta raza efímera<sup>5</sup>, porque parece contentarla con algunas respuestas que toman como ciencia y por expresar las sensaciones que se agolpan individuo a individuo bajo la tráquea y les llevan al borde de la asfixia. Es perdición porque nos perdemos en laberintos de interpretaciones o peor, porque nos marca el camino a la tumba. Porque enloquecemos con las palabras, como Áyax; porque las desoímos como Epimeteo; porque, como Edipo, las desconocemos. En no pocas obras de la tragedia ática los oráculos aparecen como los custodios de esta moneda que es el lenguaje, acuñada al fuego de Hefesto y cuya cara es premio y su cruz, castigo. Se podría decir que actúan como prestamistas y que se caracterizan por los altos intereses que cobran.

Estos conectores del mundo sublunar y el supralunar existían ya cuando a los derrotados Gigantes les sucedieron los Olímpicos; cuyo príncipe nació en el centro de la tierra y allí plantó su santuario después de derrotar al monstruo<sup>6</sup> de la era predecesora encargado de los vaticinios. Apolo, pues, mató a una serpiente que recuerda al Leviatán<sup>7</sup> o al diablo encarnado que invita a morder el conocimiento; y continuó usando su morada como templo de la adivinación. Desde el *Omphalos*, desde Delfos. Se trata de un lugar de tierras pobres al que “la religión griega, carente de dogmas o libros sagrados, miraba y colmaba de ofrendas” pues “Delfos y otros oráculos eran la más alta autoridad religiosa”<sup>8</sup>.

Allí se manifestaba la palabra divina, ya sea en forma de consejo o de visión del futuro, pero siempre personalizada y ciertamente encriptada, lo suficientemente ambigua como para que cada consultante sepa, interprete y elija frente al destino, del que no escapan ni los dioses. Ese cara a cara con la voz del dios, y la libertad y la responsabilidad de poder elegir siquiera el cómo enfrentarse a lo que sucederá, concedían al hombre una condición autónoma, digna. Sin más mediador que los labios de la Pitia<sup>9</sup>, les restaba encomendarse con sus actos meditados a las Moiras.

En Delfos, el principal santuario mántico, Apolo habla a la Pitia en trance. Esta *medium* bautizada en homenaje a la serpiente Pitón invita a preguntarse por qué una mujer –tan obviadas entonces en Grecia– es quien conecta con lo divino<sup>10</sup>, mientras sólo eran hombres los que visitaban a los oráculos. Una bonita respuesta se puede tejer con la etimología como hilo.

Leto hizo un pacto con la isla de Delos, luego llamada Delfos. Quizá la raíz *delphys* la renombrase como *útero* tras el parto de Apolo. Delfos se conoce como el *Omphalos*, es efectivamente el ombligo del mundo. Allí no hay vegetación que crezca, ni ningún otro recurso, toda fertilidad proviene de la mujer. Y la Pitia representa y homenajea en cada consulta ese parto de la respuesta; como Leto,

4 En *El ciclope* de Eurípides llaman a los Gigantes “los hijos de la tierra” – hijos de Gea – derrotados por los dioses olímpicos.

5 Expresión de Sileno hablando a Midas cuando se refiere a los humanos.

6 Recuerda como San Miguel somete a Lucifer o *Sant Jordi* al dragón.

7 Tenemos también al monstruo enorme de la mitología nórdica que habita las aguas hasta el día de la batalla final, donde Thor deberá lanzarle su maza. A Asclepio, como conocimiento, también se le representa con la serpiente.

8 HERNÁNDEZ DE LA FUENTE David, *Oráculos griegos*, Madrid: Alianza, 2008, p. 11.

9 Los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre el acceso directo a la Pitia o, a menudo, el papel de los *prophetai* que, como portavoces e intérpretes, quizá fuesen los verdaderos autores de los oráculos. Parke, sin embargo, se decanta por el contacto directo entre el consultante y la Pitia. *ibidem*, p. 197.

10 En otros templos el transmisor del oráculo podía ser un hombre.

da a luz a la Adivinación –representada por Apolo-, fecundada por la esencia del hombre: lo incógnito, la duda, la interrogación. Así, la isla puede ser órgano y puerta, útero y ombligo; y el agua que la rodea, el líquido amniótico.

El lugar más liminal, rodeado del líquido elemento de mediación, conecta nuestro mundo y el más allá. Justo ese momento de conexión Platón lo aceptaría como lugar –supralunar aunque físicamente en la Tierra- donde cuerpo y alma se unen. Eso justificaría la ausencia de dudas, la visión del futuro, porque el alma aún conoce todas las respuestas que con el corte del cordón umbilical –cuando la Pitia calle- adormecerá en su mente mientras el cuerpo estará pendiente de la necesidad de proveerse del alimento cuyo suministro acaban de cortar. Entonces, la mujer-pitón une y separa el mundo de los dioses y las almas con el de los mortales. Por ello el sacrificio<sup>11</sup> y la purificación – real o simbólica – eran los requisitos: hay que limpiarse para volver a la pureza del bebé, ese ser que sólo dispone de futuro, de lo absoluto de su destino. ¿Por qué sino sería necesario beber de la fuente del Olvido –para comprender- como hacían los consultantes a Trofonio<sup>12</sup> en aquellos rituales que recuerdan al psicoanálisis?

Aristóteles define *lo trágico* como aquello que despierta compasión y temor. Sófocles, Esquilo y Eurípides bien lo sabían y no dudaron en usar los oráculos como los elementos aportaban lo trágico; en sus obras representan lo que en el mundo cinematográfico se conoce como el *punto de giro* o *giro argumental*. Su palabra divina motiva la acción, de hecho la condiciona con su vaticinio comprometedor y cambia el curso de las cosas. Con esa comunicación que en la era olímpica estableció Zeus entre mortales y dioses, le recordaba al mortal su condición finita e ignorante. Y por eso el griego acepta que no lo puede saber todo, también que las cosas importantes no se pueden decir directamente, sino más bien a través de la metáfora –es decir, yendo más allá de la forma.

En la historia de Edipo destacan dos mensajes sobre la condición de los oráculos: por un lado, el oráculo contiene en sí mismo el hecho de haberse pronunciado, contempla el destino del rey contando con su intervención al predecir la tragedia ante los afectados, afectando a su comportamiento y comenzando con ello a colaborar en el cumplimiento del vaticinio; y luego, se desprende de la historia que por poderoso que sea un sujeto, no escapa del poder de lo dicho, de la palabra.

El mismo Platón estableció en su constitución de la ciudad ideal, su República<sup>13</sup>, ciertas consultas obligadas al oráculo de Delfos. Entendemos por tanto, que su filósofo-gobernante debía someterse, para gobernar, a los acertijos de los dioses.

- Entonces ¿nos resta aún algo concerniente a la legislación?
- A nosotros no nos resta nada – respondió –. Pero a Apolo, dios de Delfos, corresponden las primeras ordenanzas, las más importantes y bellas.
- ¿Y cuáles son?
- La fundación de templos, la institución de sacrificios y otros servicios a los dioses, a los demonios y a los héroes, así como de tumbas a los difuntos y cuantos honores deban rendirse a los del más allá para que sean

11 Sea como los Juegos Píticos, un homenaje y recuerdo de la fundación del oráculo; sea por las ofrendas, como establecieron Zeus y Prometeo. Es la parte no monetaria, el pago a través del trueque de algo por algo, conocimiento por comida, por ejemplo.

12 En la cueva de Trofonio, oráculo de Lebadea, en Beocia, se llenaban de tristeza quienes lo consultaban. Tras dormir allí, unos intérpretes ‘traducían’ lo soñado en la cueva a modo de respuesta.

13 PLATÓN, *República*, 427b en *Diálogos IV: República*, Madrid: Gredos, 1988, p. 213.

propicios. De tales cosas no sabemos nada al fundar el Estado, ni nos dejaremos persuadir por otros, sino que no nos serviremos de otro exégeta que el paterno; este dios, en efecto, es exégeta paterno para todos los hombres, y, sentado en el centro, sobre el ombligo de la tierra, interpreta los asuntos de esa índole.

Así, todos los hombres quedan subordinados a las palabras. De ahí el temor de Nietzsche<sup>14</sup>: “Temo que nunca nos desembarazaremos de Dios, pues aún creemos en la gramática”. Y es que los dioses coinciden con las palabras clásicas en que son lo que representan.

Sobre las palabras ha recaído la tarea y el poder de representar el pensamiento. “En la época clásica no se da nada que no se dé en la representación; no se enuncia ninguna frase sino por el juego de una representación que se pone a distancia de sí misma, se desdobra y se refleja en otra representación que es equivalente a ella”<sup>15</sup>. Se trata de ese mito que es logos y viceversa y que nuestro pensamiento dicotómico y taxonómico amputó para poder explicarlo y teorizar al respecto. “El umbral del clasicismo a la modernidad quedó definitivamente franqueado cuando las palabras dejaron de entrecruzarse con las representaciones y de cuadrar espontáneamente el conocimiento de las cosas”<sup>16</sup>. Desde entonces la pregunta que lanzó Nietzsche -¿Quién habla?- y que Mallarmé contestó -*La palabra misma*- parece una parodia.

Le queda al hombre el ejercicio de la exégesis, como los oráculos leían en vísceras y astros el porvenir. Como ellos pero sin permiso, los intelectuales<sup>17</sup> detentan el poder de la palabra haciendo caso omiso de la advertencia que se desprende de las tragedias, donde el que domina el lenguaje de los dioses está condenado: igual que Sócrates no cabía en Atenas, Edipo debía haber no nacido -lo dijo el oráculo- y acaba desterrado, y ciego como Tiresias, quien también ve lo que no pueden los otros, así como la ignorada Casandra. Los lamentos de Edipo en *Fenicias* se pueden leer como una moraleja al uso: “Mirad, éste es Edipo, quien descifró los famosos enigmas, el único que logró poner freno a los poderes de la esfinge asesina. Y ahora, deshonorado y miserable, soy expulsado del país. Pero, ¿por qué me lamento y grito en vano? El destino que los dioses le imponen ha de soportar quien es mortal.”<sup>18</sup>

La palabra perteneció a los dioses hasta el desmoronamiento de Grecia, siglos después de que el presocrático Heráclito afirmase que “el dios cuyo oráculo está en Delfos ni dice ni oculta, sino que da señales”,<sup>19</sup> de lo que se desprende que no hay código que sirva para descifrar tales señales, sino que cada ser escoge el sendero que seguir bajo su propia responsabilidad, tras pensar por sí mismo la respuesta. Sin embargo, su vecina ambiciosa, Roma, en su florecer pasó el relevo, la categoría moral de palabra y dioses a la ley. Por eso ya no fluyó más el saber cerca de las aguas, sino que se fijó en soportes yermos. La palabra *ley* proviene del latín *lex* o *legis*<sup>20</sup>, ambas relacionadas con el verbo *legere*, leer. Cicerón sostenía

14 FOUCAULT Michel, *Las palabras y las cosas*, Madrid: Editorial siglo XXI, 2006, p. 292.

15 *ibidem*, p. 83

16 *ibidem*, p. 296.

17 De *intus legere*, como los oráculos, que leen dentro de las cosas.

18 ESQUILO, SÓFOCLES, EURÍPIDES, *Tragedias*, Madrid: Gredos, 1999, p. 165. Palabras de Edipo al final de *Fenicias*, de Eurípides.

19 KIRK G. S., RAVEN E., SCHOFIELD M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid: Gredos, 1987, p. 305.

20 Ley: el fundamento de la ley puede hallarse en la voluntad de Dios, en la voluntad de un legislador. FERRATER MORA José, *Diccionario de filosofía*, Barcelona: Edhasa, 2008, p. 256. *Lex* -mezclar, combinar como al unir metales; y *legis* -se refiere a ligar, unir.

que “la ley es escrita y por lo tanto debe leerse<sup>21</sup>”; puesto que en Roma la ley se fijaba en tablas de bronce o mármol para luego ser expuesta en el Foro o en el Capitolio. Así, se pasó de mirar adentro –*intus legere*- a *legen* –ver lo que está puesto ahí fuera, ante nosotros.

Las últimas palabras de Delfos predijeron el fin que las siguió: “*Dile al emperador que el labrado salón ha sido derribado; Febo no tendrá por más tiempo su escudo ni su profético laurel, ni su fuente locuaz; el agua del discurso se ha secado*”<sup>22</sup>. Con su eco terminó la Tragedia y comenzó la tragedia de la ausencia de tragedia, donde los dioses son una expedición errante en busca de su significado.

21 CICERÓN, *Las leyes*, Madrid: Alianza editorial, 1989, I, 6, 18.

22 Último oráculo de Delfos a Juliano el apóstata. HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, 2008, p. 245.

# ALIA

Revista de Estudios Transversales

Barcelona, 29 marzo 2012

Asociación de Apertura Crítica

ISSN: 2014-203X